

PAPEL DEL ESTADO EN LA ETIOPATOGENIA DE LA CONDUCTA
ANTI-SOCIAL*

*A los Profesores Erich Fromm
y Alfonso Millán.*

DR. M. SALAZAR MALLÉN

EL ESTADO es una creación reciente del hombre. En la remota antigüedad y aún actualmente, no existe en las comunidades que conservan su organización primitiva. En la tribu la cohesión resulta de la asociación de grupos de "gentes", es decir, de individuos emparentados por la sangre, y la autoridad se ejerce directa y personalmente por el jefe, quien une al poder el conocimiento de las normas tradicionales. En esta forma de sociedad la explotación de la tierra, el aprovechamiento del agua y la defensa del grupo son tareas comunes y es común también su posesión; la propiedad privada no va mas lejos que la de los utensilios para el uso personal.

Tampoco existió la propiedad privada como institución fundamental de la sociedad en los antiguos imperios y monarquías, pues los reyes, la nobleza y el clero eran los dueños de los bienes, siendo el resto de la población simple depositaria de la riqueza.

Pero en el primer milenio, antes de la Era Cristiana, tuvo lugar en el mundo jónico un importante cambio del estado de cosas: favorecidos por motivos geográficos, por el empleo del hierro y por la introducción de la moneda fraccionaria, se desarrollaron con magnitud sin precedente la industria y el comercio, trayendo como consecuencia la acumulación de la riqueza en las manos de la burguesía.

Los intereses de negocios acercaron a los ricos, quienes así pasaron a constituir una clase unida por vínculos económicos e independientes de los de la sangre. Pero el golpe final a la sociedad gentilicia ocurrió en 509 A. C. con Clístenes quien organizó al Atica tomando como base el lugar de residencia (demos), de modo comparable a nuestra moderna división de los estados en

* Leído en la sesión del 8 de noviembre de 1961.

municipios. Para asegurar la conservación de las fortunas adoptóse, en fin, el sistema patriarcal de familia, dando al padre la propiedad absoluta de los bienes y haciéndolo dueño prácticamente de su esposa y de sus hijos.

La fuerza de trabajo quedó representada por el proletariado, formado en gran parte por esclavos sin derechos políticos y por unos cuantos ciudadanos pobres. Se ha calculado que en el Siglo de Oro Atenas alimentaba a unos 365,000 esclavos que servían a un total de 90,000 atenienses (incluyendo las mujeres y los niños) o sea unos 20 esclavos por cada ciudadano, sin contar a los extranjeros.

La nueva sociedad descansó en la estructura del Estado organismo impersonal operante al través de sus instituciones sociales: derechos de propiedad (la tierra y la industria) garantizados por la ley, organización patriarcal de la familia, privación de derechos políticos y monogamia forzosa para la mujer y magistraturas en manos de los propietarios. Las relaciones directas del Estado con los ciudadanos se hacían al través de las asambleas públicas, de la recaudación de impuestos y de la policía.

Tan memorable transformación social tuvo como producto necesario la promulgación de una constitución política o conjunto de leyes para regularizar las relaciones entre las clases sociales, las cuales, con el Derecho Romano sirvieron de modelo a las constituciones de las modernas naciones europeas y a las que, como la nuestra, resultaron de la colonización europea.

Ahora bien, los regímenes que proclaman el derecho a la propiedad privada han tenido el importante resultado de enseñar a los hombres las ventajas del bienestar material proporcionado por la riqueza, pero han descuidado los aspectos de la vida espiritual de los individuos, al extremo que puede afirmarse que en los países capitalistas es un axioma que el éxito consiste en hacerse rico y que la felicidad es la posesión del dinero y de lo que éste permite comprar. Mediante esta deformación el hombre ha dejado de ser el dueño de su vida, ha enajenado su yo, convirtiéndose en un instrumento de trabajo, bien sea como propietario, cuya actividad mental y física se concentra en hacer que los demás trabajen para obtener ganancias, o como desposeído, cuyo valor es en nuestra sociedad el de su fuerza de trabajo.

Por eso en nuestros países cada uno de los pasos relacionados con la producción y la distribución de los bienes tiene como meta la ganancia y no la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales. Porque es "buen negocio" usar mano de obra barata, los pueblos coloniales fueron convertidos en productores de artículos para la metrópoli y no de los bienes necesarios para la satisfacción de su propia población; por la misma razón prosperan en todas partes empresas que venden por millones botellas de agua teñida, con sabor indefinido e inútiles como alimento, destiladoras de bebidas peligrosas para la salud, minas de piedras preciosas cuya explotación causa el placer de unos

cuantos y la miseria de muchos y fábricas de substancias inertes o peligrosas para la salud con etiqueta de medicamentos, etc.

Como la distribución de los productos se hace para vender y no para cubrir las necesidades efectivas de la gente, los vendedores tienen que acudir al anuncio, es decir al sistema de "hacer" que la gente compre lo que conviene al negocio, y aquí se trata no de persuadir, sino de convencer, evitando al cliente el más largo y menos seguro proceso de reflexionar y de escoger. Por idéntico motivo la promoción comercial no vacila en recurrir a los medios de propaganda más absurdos y aún a la intimidación; así como a los perros de Pavlov puede hacerseles "agua la boca" al oír un metrónomo, los cobayos humanos son adiestrados para relacionar la imagen de una joven desnuda con la ingestión de un refresco o la fotografía de una residencia en California con la compra de un automóvil; la intimidación es particularmente descarada tratándose de los anuncios de aguas purificadas (para evitar la fiebre tifoidea), de dentífricos (para eliminar la halitosis) y de productos "tónicos" (para evitar la impotencia), y cruel además tratándose de la venta de seguros de vida.

Así como en Knock no hay sujetos sanos sino enfermos que ignoran su padecimiento, en el mundo de los grandes negocios no hay seres humanos con inteligencia y sensibilidad, sino solamente clientes en potencia a quienes hay que empujar a comprar por todos los medios posibles incluyendo los sorteos, la realización de baratas y las ventas a crédito, todos ellos procedimientos cuyo objeto es engañar a las gentes para que adquieran lo que no desean o no necesitan, o cuya adquisición producirá ansiedad más que satisfacción. Además, en una sociedad en donde la ganancia es el objetivo principal de la vida, hay que enriquecerse pronto, para lo cual es necesario adelantarse a los competidores, adivinar las debilidades del cliente y, en suma no perder ninguna oportunidad; de aquí que la actividad de los vendedores y la de los compradores empujados por los primeros sea incesante y febril: "no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy", "más vale pájaro en mano que cien volando", "el tiempo es dinero" etc., son lemas de nuestro siglo que nos empujan a vivir con creciente aceleración. No alcanza la jornada de trabajo para terminar la tarea y entonces quitamos horas al descanso y a la distracción para descubrir que el día ha sido demasiado corto también y al final de cuentas, que la vida se nos ha escapado, que no la hemos vivido y que como huella de nuestra angustia y estado de ansiedad nuestro cuerpo ha quedado enfermo, a veces irreparablemente, con insomnio, presión arterial elevada, indigestiones o úlceras.

Otro efecto psicológico adverso de nuestro modo de vivir no menos importante que el anterior es el que resulta de la enajenación de nuestra actividad productiva: el trabajo que con el amor es la actividad humana por excelencia para alcanzar la felicidad, carece para la mayor parte de los hombres de contenido psicológico. El hombre de nuestros días trabaja para una oficina o en un

taller sin saber cuál es el objeto de su actividad; el empleado y el obrero son átomos de las empresas, instrumentos que se usan para ganar más o para legalizar las ganancias y no seres en quienes se provoque una participación consciente y propiamente hablando artística, en el proceso mismo del trabajo. En "Los Tiempos Modernos", de Chaplin, el pobre obrero enloquece ante la monotonía de una cadena sin fin con tuercas que debe apretar; en la vida real el trabajador es un triste autómatas que no enloquece, pero cuya relación con su *yo* está perdida y cuyo comportamiento es francamente neurótico.

Los síntomas "sociales" de la neurosis de los empleados y de los obreros son la torpeza en el trabajo o la hospitalidad; la gente acaba odiando a su oficina o a su taller, riñe con sus compañeros, se revela contra sus jefes, trabaja a disgusto, se equivoca y destruye sus herramientas. Todos sabemos que el artesano mexicano es capaz de fabricar artículos de gran calidad en su taller y a su propio ritmo, pero en cuanto se intenta "organizársele en grande" pierde el interés en el trabajo, porque éste ahora no es el suyo y porque su protesta inconsciente contra el sistema que tiene a enajenarlo se traduce como ausentismo o destrucción.

Los resultados de la enajenación no son menos manifiestos en el terreno de la política. Así como el hombre es sólo un agente en la sociedad, en la política su papel es el de un número con el cual los dirigentes pueden hacer toda clase de operaciones comparables a las de la aritmética: sumarlo, restarlo, dividirlo, etc.

Las Leyes, que sólo satisfacen en el papel las necesidades económicas de los ciudadanos (derecho al trabajo remunerado, a la salud y a la seguridad), en absoluto abordan el problema verdaderamente humano; la igualdad ante la ley y el derecho de "habeas corpus", tienen una realidad muy relativa, pues cuando un hombre común y corriente acude a la justicia se da cuenta de que no se le respeta, que ante el individuo que está detrás de un escritorio él es solamente un caso y su problema un legajo; sus alegatos personales, sus emociones y la justificación de sus actos en nada pesan ante los funcionarios, cuya impasibilidad u hostilidad pueden considerarse profesionales. En "El Sueño de Makar" el campesino ladrón y borracho hubiera sido condenado por Dios Padre (el Padre o Estado rígido) pero Cristo, que había estado en la Tierra escucha su relato, llora y lo perdona.

En el caso de México es importante considerar que el Pueblo no participa en la elaboración de las leyes, estándole prácticamente vedado proponer su transformación. La fórmula nacional del "Sufragio Efectivo" no ha hecho otra cosa que desplazar lo verdaderamente sustancial, o sea el derecho al voto inteligente, la verdadera selección de candidatos, por el acto mecánico de votar en función de una propaganda muy parecida a la comercial, o de la intimidación. De hecho, como la información y la educación políticas brillan por su au-

sencia en nuestra sociedad los funcionarios de elección popular sólo son en contadas ocasiones representantes verdaderos; es cierto, hay en algunos casos elecciones limpias, pero en muy pocos el ganador es verdaderamente representativo, y para empeorar las cosas la mayor parte de los candidatos, una vez electos, se convierten en entes remotos e inaccesibles al pueblo, siendo sus actos de legislación o de gobierno producto de los intereses del grupo en el poder, debidamente racionalizados. La declaración reciente de que en México gobierna una "oligarquía selecta" constituye un acto de franqueza poco común en nuestro medio, cuyo importante significado se disolvió en estériles declaraciones y contradecaraciones sin haber despertado mayor interés público, precisamente porque vivimos en un medio en el que la enajenación impide la crítica (salvo en su forma desplazada como "chiste").

Los actos de gobierno propiamente dichos son autoritarios, bien siguiendo el cauce paternalista, bien el de la imposición amparada por la fuerza policíaca. En el primer caso nuestros dirigentes nos dicen poco más o menos lo que sigue: "Nosotros amamos a México y a nuestro pueblo y hacemos siempre lo que conviene a los intereses nacionales, la oposición a nuestras órdenes y aún la simple crítica a nuestros actos es siempre una falta de respeto, la cual debemos castigar bajo pena de comprometer nuestra propia unidad"; en el segundo no hay racionalización ni verbalización, el gobierno es como el "pater familias" del Derecho Romano, es dueño de la autoridad y puede ejercerla a su arbitrio, lo mismo encarcelando que castigando con palos a los desobedientes. Es interesante observar como en ambos casos la relación entre quienes mandan y los que obedecen se establece irracionalmente y a costa del comportamiento inteligente de ambas partes y de la servidumbre de la segunda, lo cual impide definitivamente que entre nuestros gobernantes y el pueblo haya un verdadero respeto. No amamos a la mayor parte de nuestros gobernantes ni respetamos sinceramente a nuestras autoridades; por su parte, nuestras autoridades nos desprecian (caso de la "oligarquía selecta") y sus actos generosos se subordinan en muchos casos a nuestra sumisión completa.

La enajenación política es en nuestros países tanto más completa, cuanto que los instrumentos para la información y para la discusión públicas (el radio, la televisión, el cine, la prensa) son propiedad privada o están manejadas de todos modos por los ricos, o sea el sector interesado en que se conserve el orden social existente.

Podemos en síntesis expresar las consecuencias de la organización enajenante de nuestra sociedad como sigue:

1. El régimen de propiedad privada ha resultado en la enajenación del yo individual. Los hombres enajenados no se sienten a sí mismos y sus esfuerzos para tener riquezas no los llevan a la felicidad, sino a la angustia.

2. La enajenación psicológica con su componente de inseguridad puede

tener como resultado un sentimiento de culpabilidad (por no tener éxito, por no "ser lo que se debiera ser de acuerdo con los patrones sociales"), cuyo resultado puede ser la sumisión llegando al servilismo.

3. El individuo enajenado puede conformarse hasta cierto punto con no vivir su vida y plegarse a las instituciones del Estado, pero en condiciones de máxima tensión sus mecanismos de inhibición pueden fallar dando lugar a una reacción hostil y destructiva. Recuérdese en "La Visita Maravillosa" cómo la llegada al tranquilo pueblo de un espíritu de la belleza (el ángel de la novela) perturba profundamente a sus mansos pobladores despertando insospechadas reacciones agresivas, y considérese el ejemplo de ciertas naciones cuyas instituciones sociales parecen "perfectas" y sus ciudadanos modelo de tranquilidad y de civilización, pero en las que la conformidad no es más que superficial, según se desprende de los muchos casos de autoagresión que las estadísticas enseñan (alcoholismo, suicidio). Otra característica en este último caso es la reacción contra la institución de la familia como puede desprenderse del gran número de hijos ilegítimos y de divorcios.

En nuestro medio son síntomas anti-sociales comunes cuyo mecanismo es semejante al que hemos examinado, la "pérdida de respeto" y las agresiones contra los padres, la mala conducta escolar y las infracciones a las "buenas costumbres" (usar la calle como excusado, maltratar vehículos y edificios, ensuciar la vía pública, usar lenguaje procaz, pintarrajar muros y paredes de escaleras y elevadores etc.).

4. La reacción agresiva propiamente delictuosa y cuya causa es anti-social tiene características que la hacen diferente del delito común, o sea que ocurre con un gran componente agresivo que no se explica ni por las circunstancias ni por las consecuencias ("utilidad") del delito mismo. Los delinquentes pertenecen con frecuencia a familias relativamente acomodadas, su conducta rara vez puede imputarse a la miseria o a la ignorancia; las víctimas son habitualmente personas inofensivas, pero representativas de la sociedad burguesa: jóvenes que como hermanos o novios acompañan a sus hermanas o a sus novias, pequeños propietarios de comercios, tranquilos padres de familia etc., y en la realización del delito hay un componente irracional de crueldad y brutalidad. Precisamente estos rasgos son los que desconciertan a la opinión pública y provocan su máxima irritación, pues no se entiende por qué los rebeldes "sin causa" roban y agreden sin tener el motivo socialmente aceptado para el robo o para el ataque.

Para terminar interesa examinar la reacción del Estado frente a los casos de delitos "anti-sociales" como los que en último lugar describimos. En primer término hay que tomar en cuenta que los dirigentes políticos de nuestros países pertenecen a la sociedad enajenante, su escala de valores culturales es salvo excepción (estadistas geniales) la nuestra, y sus metas conscientes son la ad-

quisición de bienes y la obtención de la "felicidad" por medio del dinero, de donde resulta que su actividad en el poder debe de plegarse al contenido de las instituciones del Estado. Para el gobernante es tan grave psicológicamente como para el público lo que supone un cambio revolucionario, porque tiende a cambiar sus propios patrones, los patrones de la vida social, y frente a los problemas que surgen, las soluciones preferibles son las de oportunidad "la transformación sin revolución".

Así quedan precisadas las características de muchos de nuestros políticos, quienes a pesar de su origen y de sus actividades revolucionarias y por ser psicológicamente conservadores adoptan, cuando llegan al poder, los hábitos más "reaccionarios". ¿No se trataría en buen número de casos de "rebeldes sin causa" cuya agresividad juvenil usó de la Revolución como de un simple desahogo? Con frecuencia se señala con índice de fuego a los enriquecidos por la Revolución, pero ¿Es más ilegítimo dentro de nuestra organización social enriquecerse de un modo que de otro? El dinero no huele y por lo tanto una vez que se ha tenido éxito y se ha logrado la riqueza los escrúpulos de la opinión pública se desvanecen, al extremo que resulta de "mal gusto" mencionar a los ricos, "revolucionarios" o banqueros, su pasado.

La enajenación hace, en fin, que la mayor parte de nuestros gobernantes rechacen la crítica. Si no pueden ver su "yo" tampoco toleran que voces ajenas les señalen sus posibles yerros, el conformismo oficial se expresa diciendo a los inconformes "todo está bien y vivimos en el mejor mundo posible", la crítica por lo tanto, no procede. Y si la situación política es complicada y las soluciones adoptadas fallan, la reacción es francamente neurótica bien sea racionalizando (siempre hay una explicación que evade la responsabilidad sin dejar de "justificar" el fracaso) o verbalizando, recurso este último tan nuestro como lo es "cantinflear". Pero ni en uno ni en otro caso puede decirse que se haya aplicado una solución política, que se haya gobernado.

Desde el punto de vista de los delitos cuyo examen hemos hecho, la reacción más peligrosa del Estado es, sin embargo, a corto plazo, la autoritaria y violenta. Frente a los actos juveniles anti-sociales los funcionarios montan en cólera y contestan a una agresión con otra, se hacen "redadas" de jóvenes que frecuentan lugares "sospechosos", y los encarcelados son vejados y exhibidos despectivamente ante el público, sin ahorrarles los malos tratos y los golpes. El resultado inmediato ya se conoce, la hostilidad y la agresividad aumentan en relación directa de la intervención policiaca autoritaria y brutal y la "delincuencia juvenil" así contaminada, amenaza a convertir a los jóvenes delincuentes en delincuentes comunes.

Se antojaría ahora hablar de la profilaxis de la conducta anti-social, considerada desde el punto de vista de la estructura del Estado Moderno. Pero el tema va a ser tratado por el Dr. Buentello y por mi parte sólo diré que un

planteo integral de este asunto sólo será valedero si se analiza resueltamente el papel que nuestras instituciones sociales tienen como factor de no poca importancia en la etiopatogenia de la criminalidad en general y de la juvenil en particular.

LIBROS CONSULTADOS:

1. Aristóteles: La Constitución de Atenas, (Les Belles Lettres).
2. Engels F.: *El Origen de la Familia, de la Propiedad Privada y del Estado*, (Ed. Lenguas Extranjeras).
3. Fromm E.: *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea*. (Fondo de Cultura Económica).
4. Korolenko V.: *Cuentos, El Sueño de Makar*. (Col. Universal).
5. Romain J.: *Knock o el Triunfo de la Medicina*. (Ed. Castillo).
6. Wells H. G.: *La Visita Maravillosa*, (Obras Completas Ed. Janes).